

Miguel Ángel Pardo

Índice homilias

Noviembre 2013

Solemnidad de todos los Santos.....	2
La alegría de encontrarse con Cristo	5
El tesoro de la vida cristiana	7
Templos de Dios	9
Creer en la resurrección	11
El libro de la sabiduría.....	13
Amigos de Dios	15
Somos Iglesia	17
La luz de la fe	19
Es Jesús que pasa	20
La Presentación de la Virgen María	22
Fe y Oración van unidas.....	24
El que cree tiene vida eterna	26
Jesucristo, Rey del Universo	28

Solemnidad de todos los Santos

Viernes, 1 de noviembre de 2013

Textos: Ap 7,2-4.9-14; Salmo 23; 1Jn 3,1-3; Mt 5,1-12

Quiero hablaros, para introducirnos en esta celebración de los Santos, de uno de los últimos Santos proclamados por la Iglesia, que es un español: **Rafael Arnaiz Barón**.

Este hombre que vivió y murió joven; era de una familia de buena posición, había empezado a estudiar Arquitectura y sintió la llamada del Señor a ir a la Trapa de Dueñas.

Lo dejó todo, con todo el futuro que él tenía, y entró en el Monasterio Cisterciense (Trapa) de Dueñas convencido de que el Señor le quería allí. Pasan los meses y se pone enfermo; no puede con esa vocación y los superiores le mandan a casa. Él está allí en casa pero su corazón está en la Trapa.

Se pone bueno y entra de nuevo en la Trapa, pero al tiempo se vuelve a poner enfermo y tiene que volver a casa. Vuelve a entrar, vuelve a salir, y ya entra de nuevo y no salió porque murió allí en el Monasterio de un coma diabético.

Recuerdo en el año 84, siendo seminarista, que fui a aquella Trapa a hacer un retiro. Aún no se había empezado el proceso de canonización siquiera, pero había una pequeña exposición con sus cosas personales, y recuerdo perfectamente que algunas de las cosas me llamaron la atención, sobre todo una; él decía: «**toda nuestra ciencia consiste en saber esperar**». Había unos libritos que había publicado su familia, porque él cuando estaba en el monasterio escribía un diario para él y escribió cartas; aquello llegó a su familia y su familia consideró que eso podía ayudar; los monjes, algunos de los cuales estaban convencidos de que era un santo, publicaron aquellos libritos.

Primero un librito; luego empezaron a aparecer varios libritos. Y ¿qué pasó? Pues lo que pasó con santa Teresita del Niño Jesús, que aquello empezó a difundirse por todos lados, ¿por qué? Porque las personas que leían lo que él había escrito les llevaba a Dios, entraban en Dios, **la gente leía al hermano Rafael y aquello les ayudaba a encontrarse con Dios**.

Se fueron publicando más cosas y empezó a aparecer algo novedoso y es que la gente empezó a sentir su intercesión.

Y entonces empezó todo el proceso de la Iglesia, que fue muy rápido. En el año 1992 Juan Pablo II lo proclamó Beato; y hace cuatro años, el 11 octubre de 2009, fue declarado Santo por la Iglesia, lo canonizó Benedicto XVI.

¿Por qué os hablo de esto? Porque desde el año 1938, en que murió, hasta el año 1992 era uno de los santos que celebrábamos hoy que están en el cielo pero que no sabíamos cómo se llamaba.

¿Qué estamos celebrando hoy? Estamos celebrando a todos los Santos, y especialmente estamos celebrando a la multitud de hermanos y hermanas que ya están en el cielo aunque todavía no sabemos quiénes son, pero los celebramos con gozo.

Pero el hermano Rafael nos ha dado a entender una cosa muy importante. Con sus escritos se ve que era un hombre pues que se encuentra con el Señor con muy buena intención, que quería mucho al Señor pero que estaba “muy verde” y entonces qué pasa, que con el paso del tiempo y sobre todo con los acontecimientos contrarios a sus deseos, vemos cómo Dios

lo transforma y cómo el hermano Rafael aprende, entre el monasterio y la casa, aprende a ser de Dios.

En los escritos se va viendo como él habla con Dios con toda naturalidad, con una sencillez impresionante, cómo él va reflejando su trato con Dios, con la Virgen, a la que quería con locura, y uno dice: «*pero si hablar con Dios es una cosa muy fácil, si ser amigo de Dios es muy sencillo*». Entonces, ¿qué pasa? Que el hermano Rafael poco a poco lo vas leyendo y te ayuda a ver con fe tu vida de cada día y empiezas a descubrir que en tu vida también tú, si aprendes a acoger a Dios y a recibir a Dios, tú también puedes entrar en un camino de santidad, es decir, **puedes empezar un camino donde Dios está en el centro de tu vida, donde aprendes a vivir todas las cosas con Dios y aprendes a vivir la cosas con fe y con el deseo de amar a Dios y a tus hermanos, siempre y en todo.**

El hermano Rafael murió pensando que su vida había sido un fracaso, porque ni estuvo en casa, ni formó una familia, ni fue monje de verdad. Y resulta que **fue lo que todo cristiano debería soñar, que es ser un hombre de Dios o una mujer de Dios, porque Dios lo hizo Santo por caminos que nunca él podía haber pensado.**

Hoy que celebramos a todos los Santos, y especialmente a los que no sabemos quiénes son, porque sabemos que hay muchos en el cielo, muchísimos, pero la Iglesia sólo ha canonizado y ha beatificado a unos poquitos entre la multitud inmensa ¿qué nos sugiere todo esto? Pues mirad, lo que nos sugiere es que los Santos son nuestros hermanos y quieren ser nuestros amigos, que la vida cristiana tenemos que aprenderla a vivir en comunión; que la vida sin contar con los Santos, aparte de ser mucho más aburrida, que lo es, es bastante más difícil, porque para poder vivir bien nuestra vida cristiana necesitamos el apoyo y la ayuda de los que nos quieren.

Quién de vosotros no tiene algún Santo, alguna Santa un poco más amigo o amiga, ¡claro que sí!, todos los tenemos, y esto es muy importante porque esa Santa o Santo amigo nos ayudan, ciertamente nos ayudan. Y si tú invocas y pides y confías resulta que cuando menos te lo esperas empiezas a descubrir su cercanía, su intercesión, su ayuda. Porque los santos ciertamente están en el cielo; pero los Santos ¿qué hacen? Pues hacen lo mismo que hace Jesús: trabajar por nuestra salvación; a eso es a lo que se dedican en el cielo y en la tierra. Son **intercesores** en favor nuestro.

Por lo tanto el día de hoy ¿de qué nos habla? De tener de manera especial a los Santos como **amigos**, amistad que experimentamos como intercesión. Por otra parte, los Santos ¿qué son? —**Modelo**.

Modelo para nosotros, pero no sólo porque han hecho cosas extraordinarias, que eso es una bendición, sino que **son modelo de caminar en Dios**; y son modelo de descubrir cómo desde la pobreza que tenemos Dios nos puede hacer santos. El hermano Rafael es un caso clarísimo, un hombre que a través de una vida que jamás pudo pensar Dios le hizo Santo y ejemplo para otros, porque descubrimos que si sabemos aceptar de Dios las cosas, Dios nos va a santificar.

Por lo tanto, **¿qué hacen lo santos? Atraernos a la santidad. La vida cristiana está hecha para la santidad, no está hecha para conformarnos con cualquier cosa.** Cumplir es aburridísimo y uno se cansa; cuando uno vive la vida cristiana para cumplir se cansa porque la vida no es sólo vivir así; es como si en una familia con tu mujer o con tu marido o con tus padres o con tus hijos o con tus hermanos, dices: «*¡yo lo justo, lo correcto y ya está!*»; y si así es la vida con Dios pues es aburridísimo.

Los Santos interceden, son amigos, son ejemplo, y ellos nos ayudan especialmente también con sus escritos; eso es maravilloso. Hay gente que escribe mucho de los santos,

leer una vida de santos es algo que ayuda muchísimo; pero ayuda mucho más leerles a ellos, ¡os lo aseguro! Leerlos directamente, aunque a veces cueste: coges a santa Teresa, a la que es maravilloso leerla, aunque pueda ser difícil ese lenguaje del siglo de oro; pero hay otros Santos mucho más sencillos, como el hermano Rafael u otro cualquiera, o bien un librito de oración, y es que leer a los Santos nos acercan a Dios, qué bueno sería, ya que celebramos la fiesta de los Santos, que tengamos algún libro que de vez en cuando podamos coger, la vida de algún Santo que nos pueda ayudar.

Señor, en este día de todos los Santos te damos las gracias, porque tenemos una multitud de amigos en el cielo.

A vosotros Santos y Santas de Dios, os queremos dar las gracias en este día por vuestro amor callado, silencioso, cercano, que nos hace tanto bien, sin pasar factura, en humildad, con el gozo de ver cómo el Señor nos bendice.

Os queremos tener más presentes en nuestra vida. Ayudadnos a mirar a Jesús y a cumplir en todo su voluntad. Enseñadnos a caminar en la tierra como vosotros, para poder ser testigos del Amor de Dios siempre.

Que así sea



La alegría de encontrarse con Cristo

Domingo, 3 de noviembre de 2013

Textos: Sb 11,22-12,2; Salmo 144; 2 Ts 1,11-2,2; Lc 19,1-10

Zaqueo lo tenía todo pero le faltaba lo más importante, porque en la vida no llena tener muchas cosas o ser el más rico del pueblo; para ser felices no bastan las posesiones, el orden social, el tener una categoría o ser apreciado y estimado por todos.

Zaqueo buscaba, oyó hablar de Jesús y, entre la curiosidad y quizás el vacío que sentía por dentro, quería ver a Jesús. Trataba de verlo pero como era bajito la gente se lo impedía verlo y encontró un sistema para conseguirlo: se subió a un árbol porque Jesús pasaba por allí y así podía verlo mejor que nadie, desde arriba.

Ver “desde arriba” quiere decir también “a distancia”: *«yo quiero verlo pero que no me afecte, a ver si puedo observarlo y juzgar»*. Y el Señor que conoce lo que Zaqueo está viviendo en su corazón, no tiene ningún reparo en dirigirse precisamente a él, al que podríamos llamar el cacique del pueblo, porque era el que recogía los impuestos para luego pasárselo a los romanos.

Y Jesús le mira a los ojos y le dice: — *«¡Baja!»*. Pero el Señor no se queda ahí; va mucho más allá porque dice: —*«es que quiero quedarme en tu casa»*, es decir, *«quiero que me acojas, quiero formar parte de tu vida»*. Y aquello desde luego fue más que sorprenderte, todo el mundo se quedó sorprendido. Pero lo más importante es lo que dice el Evangelio y es que **Zaqueo se llenó de alegría, una alegría que no había tenido hasta entonces.**

Un encuentro puede ser maravilloso pero no basta ni para cambiar la vida ni para llenarla, y por eso Jesús no quería simplemente ver a Zaqueo sino que quería también entrar en su casa, porque así **Zaqueo podía recibir a Jesús para que Jesús formara parte de su vida, que es lo que verdaderamente da alegría.**

¿Qué podemos descubrir nosotros en este Evangelio? Pues mirad, en una vida pasan muchas cosas y hoy vivimos en un mundo donde recibimos constantemente información, vivimos determinados y condicionados por los medios de comunicación social, pero estos nos hablan de lo que les parece importante.

Ahora bien, **¿es importante encontrarse con Dios? Probablemente es lo más importante de todo**, y qué pocas veces se habla de esto, entre otras cosas porque no se puede hablar la mayoría de las veces, porque **cuando uno se encuentra con Dios es algo tan profundo y tan personal que es un gozo inmenso**, pero que sólo se comparte, a veces, con los seres más queridos, con los más cercanos.

Y, por otra parte, nos decía el evangelio que la gente no le dejaba a Zaqueo ver a Jesús, entre otras cosas porque **el que uno se encuentre con Dios y con Él encuentre la alegría de la vida**, es una cosa que normalmente no interesa ni importa.

¿Qué más cosas podemos aprender? Pues mirad, podemos aprender otra cosa muy importante, y es que **Jesús Resucitado camina hoy en nuestro mundo buscando**. Dice Jesús al final del evangelio de hoy que: *«el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido»*, y nos dice el principio del evangelio que: *«Jesús iba caminando»*.

Pues tenemos que tener claro que Jesús hoy está en medio de este mundo caminando ¿por qué? Porque nos busca, porque te busca. El Señor nos busca ¡claro

que sí!; te busca a ti, a mí, a cada uno, y sigue caminando por este mundo y el Señor está deseando encontrarse con nosotros.

Y nosotros deberíamos aprender de Zaqueo, el hombre ¿qué sabía de Dios? Pues no mucho e hizo lo que pudo, lo que se le ocurrió y cómo el **Señor acoge lo poco que hacemos desde lo poco que sabemos.**

Pero es importante, porque normalmente, aunque el Señor a veces irrumpe sin ser llamado, (como le pasó a Mateo que estaba allí en el despacho de los impuestos recaudando y el Señor entró y lo llamó, o a san Pablo que no quería saber nada de Cristo, todo lo contrario, iba persiguiendo a los cristianos y el Señor lo derribó del caballo), y eso a veces pasa, pero el camino ordinario no suele ser ese, sino lo que le pasó a Zaqueo, que le habían hablado de Jesús y empezó a buscarle.

Nosotros hoy queremos pedirle al Señor que nos demos cuenta de que Él está buscándonos, que el Señor me busca porque le importo, porque soy muy importante para Él y Él pasa a mi lado, está cerca y está deseando que yo le busque, **porque quiere entrar en mi vida y quiere darme la gran alegría, la mejor de todas, que es el encuentro con Él y que yo pueda acogerle para que forme parte de mi vida.**

Nosotros también ¿qué aprendemos de esto? Pues mirad, aprendemos que para que una vida cambie, para que una vida sea cristiana es absolutamente decisivo encontrarse con Jesucristo. Quiere esto decir, que si otro se ha encontrado con Cristo y me lo cuenta es importante pero eso no cambia mi vida; para que cambie mi vida soy yo el que me tengo que encontrar con el Señor, con Jesús.

Pero para que esto suceda normalmente es otro el que me habla de Dios; el camino normal que suele seguir el Señor es que se sirve de alguien que habla de Él y eso llega al corazón, y cuando menos te lo esperas, como le sucedió a Zaqueo, pues tomo interés por Jesús.

Esto quiere decir para nosotros algo importante. Parece que hoy no interesa mucho Jesucristo, no interesa Dios, y entonces como no interesa y como parece que somos pocos los que hablamos de esto, pues encima a veces tenemos la tentación de hablar menos, o no hablar nada y es un gran error, **porque Jesús vivo y resucitado está, pasa, viene y nos busca y el Señor espera de nosotros que hablemos de Él.**

Jesús, te damos las gracias porque nos buscas, porque sabes que tú eres la verdadera alegría de nuestra vida, que sin ti no podemos ser felices y por eso no dejas de buscarnos nunca.

Señor, que no te importe si se ha enfriado nuestro corazón, si no te hemos tomado en serio, si no te hemos buscado.

No dejes de buscarnos, ayúdanos Señor a encontrarte, ayúdanos a buscarte de corazón, ayúdanos a acogerte en nuestra vida y ayúdanos a compartir la alegría de haberte encontrado, para que los demás puedan encontrar lo que en el fondo buscan sin saberlo, que es a Ti

Que así sea



El tesoro de la vida cristiana

Viernes, 8 de noviembre de 2013

Textos: Rm 15,14-21; Salmo 97; Lc 16,1-8

Hemos escuchado en la primera lectura que vamos comentando un poquito estos días, casi de los textos finales de la Carta a los Romanos, donde aparece el tema central del ministerio de san Pablo.

San Pablo explica cómo ha recibido el don de Dios, cómo ha tenido fruto en los gentiles y cómo él ha sido llamado expresamente para esto, para anunciar a Cristo donde todavía no es conocido y no ha sido anunciado.

Y hay un momento clave en la lectura que hemos escuchado donde dice que todo esto, todo el fruto que ha habido no es cosa suya sino que es Cristo a través de él, Cristo por medio de él.

Creo que esto es algo fundamental para nosotros, darnos cuenta cómo el Señor en la medida en que nosotros vivimos la vida cristiana, tenemos fe, nos ponemos en sus manos y confiamos en él, él también puede actuar a través de nosotros en lo más sencillo de la vida y en cualquier vocación.

Y después de esto querría comentar un poquito la **oración colecta**, la oración que tenemos para esta semana; las oraciones de la Iglesia son preciosas pero yo quisiera especialmente esta semana compartirlo con vosotros.

Fijaos lo que le dijimos desde el Domingo al Señor siempre que celebramos la Misa del tiempo ordinario:

—«**Señor de poder y de misericordia**», lo primero que estamos diciendo es: «**Dios Padre**, (porque las oraciones siempre, salvo que se diga otra cosa, siempre van dirigidas a la primera persona de la Trinidad, al Padre), **Tú eres Señor, Tú eres el Señor de nuestra vida, tú tienes la autoridad, somos posesión tuya y eres Señor de poder y de misericordia**», quiere decir que lo puedes todo y nos amas, amas a los pecadores, a las criaturas débiles, Tú que lo puedes todo nos amas con infinita misericordia.

—«**Que has querido hacer digno y agradable por favor tuyo el servicio de tus fieles**», es decir, que por gracia tuya nos has llamado a servirte, y tenemos que descubrir cómo verdaderamente toda nuestra vida cristiana es un servicio a Dios.

Resumiendo lo decimos con las palabras del Señor y de la Virgen. El Señor: «**Yo he venido a servir y dar la vida**», y la Virgen lo dijo todo en la anunciación: «**Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra**».

Entonces la vida cristiana es un servicio de amor a Dios, y desde aquí fijaos lo que le pedimos a Dios. Por un lado decimos quién es él: —«**Señor de poder y misericordia**—, que ha hecho de nuestra vida por gracia un servicio a él. Y ahora ¿qué es lo que pedimos?:

—«**Concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos prometes**—, es decir, que la vida cristiana es caminar, no es quedarse donde uno está ¿por qué? Porque hay que ir hacia lo que Dios te quiere dar.

Por lo tanto, nuestra vida es una vida que está llamada a la bendición, a ser bendecidos, y para ser bendecidos hay que dejarse conducir por Dios, porque para que suceda esa bendición tú tienes que querer y **elegir como tesoro de tu vida lo que Dios te quiere dar**,

y para ello tienes que caminar hacia lo que Dios te promete, fiado de Dios, confiado en Dios; «**concédenos caminar sin tropiezos**» sin desviarnos del camino, sin confundirnos, sin pararnos, sin sentarnos, sin caer, sin detenerse, «**hacia los bienes que nos prometes**».

Y ciertamente **el bien de los bienes que es al que Dios nos conduce es a Él mismo**. El Señor en la Cena lo decía: «**yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie va al Padre sino por mí**».

Entonces ¿hacia dónde vamos? — **hacia Aquél que nos conduce**.
¿Adónde nos conduce? — **a Él**.

Pero además del bien de los bienes que es Dios mismo, Dios nos va bendiciendo con bienes, no sólo a nosotros sino que a través de nuestra fidelidad va derramando bienes en esta vida alrededor, y ese derroche de bienes van unidos a la confianza, a la fidelidad, a ponerse en camino hacia Dios.

Padre, tú que eres todopoderoso, rico en misericordia, que nos has concedido la gracia de poder hacer de nuestra vida un servicio de amor a ti y en ti a nuestros hermanos, te pedimos que caminemos con firmeza, con fidelidad, sin tropiezos hacia ti y caminemos acogiendo todos los bienes que nos prometes, fiados en tu palabra y en tu fidelidad.

Que así sea



Templos de Dios

Sábado, 9 de noviembre de 2013

Textos: 1 Co 3,9-11.16-17; Salmo 45; Jn 2,13-22

Celebramos la Eucaristía aquí en el templo porque nos unimos de una manera especial a esta fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán, es la Catedral de Roma, sede del Papa, y la iglesia que preside de una manera simbólica a todas las iglesias del mundo.

Por eso celebrar esta festividad nos hace recordar que somos Iglesia católica, universal, pero de alguna manera también la dedicación del templo nos ayuda a entender el misterio de la Iglesia. Hemos escuchado en la primera lectura que san Pablo nos habla de los cristianos somos templo de Dios; lo dice de tal manera que se puede referir tanto a la Iglesia como a cada uno de nosotros.

Y hoy claramente hemos escuchado en el evangelio cómo Jesús es el Templo vivo de Dios. Por otro lado, estamos celebrando que en un edificio consagrado y dedicado a Dios se convierte en lugar santo, en lugar sagrado donde habita Dios y donde se celebra el culto, la liturgia agradable a Dios.

Por lo tanto tenemos cuatro cosas: —«**Templo, la Iglesia, el cristiano, Cristo**»—, estas cuatro cosas.

Todas con una sola imagen que es Templo. Templo significa lugar que especialmente se dedica a Dios y donde Dios está presente y entra en comunión con el hombre; por tanto, lugar de oración, lugar de liturgia, lugar de culto y lugar de sacrificio.

En Cristo, es decir, en la humanidad del Hijo de Dios hecho hombre, porque Cristo es Dios y hombre verdadero, en el hombre Cristo Jesús que es Dios, habita Dios, y esta humanidad del Señor es para nosotros la referencia fundamental. Jesucristo se ha mantenido continuamente dando culto al Padre y ese culto es el culto por el cual Él realiza la salvación de los hombres; Cristo es nuestro Salvador.

Nosotros somos miembros de Cristo. Sabéis que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo y que cada uno de nosotros somos miembros de Cristo; por lo tanto, lo que es Cristo somos nosotros; Él es templo de Dios, nosotros somos templo porque recibimos por el Espíritu Santo a Dios mismo, que habita en nosotros, y por lo tanto viniendo el Espíritu Santo habita toda la Trinidad en nosotros.

Somos casa de Dios y somos lugar donde tenemos que dar el culto agradable a Dios, por eso ¿qué queremos pedirle al Señor? Queremos pedirle lo siguiente:

Señor, nos dirigimos directamente a ti para que nos hagas redescubrir el misterio de lo que somos, que somos templo tuyo, es decir, lugar donde tú habitas como en tu casa y lugar donde tú esperas que nosotros te demos el culto agradable a ti.

Como le dijiste a la samaritana, llevabas esperando siempre el momento donde se te pudiera dar culto en Espíritu y en Verdad, y ese es el culto que tú esperas de nosotros.

Y además Señor, queremos darte las gracias porque nos regalas templos donde podemos encontrarnos contigo, donde tú nos invitas a este encuentro de oración y de culto, donde especialmente hoy en la Eucaristía elevamos el verdadero sacrificio que es unirnos a tu sacrificio al Padre.

Te pedimos Señor, que descubriendo cada vez más que somos casa y templo de Dios podamos vivir junto a ti el culto que le agrada al Padre.

Que así sea



Crear en la resurrección

Domingo, 10 de noviembre de 2013

Textos: 2 Mac 7,1-2.9-14; Salmo 16; 2 Ts 2,16-3,5; Lc 20,27-38

Nos cuenta los Hechos de los Apóstoles que san Pablo al terminar su tercer viaje misionero llegó a Jerusalén. Allí le estaban esperando los judíos que ya tenían muchas ganas de apresarle y así lo hicieron; cogieron a Pablo y lo apusaron. Viendo que peligraba su vida, el procurador romano lo protege, pero lo lleva ante el Sanedrín, ante el gran tribunal del pueblo judío, es decir, al mismo lugar donde llevaron a Jesús en la Pasión, al mismo sitio, delante del mismo tribunal.

Y allí le piden a Pablo que dé explicaciones, porque está en peligro su vida, porque lo quieren matar, y Pablo en un acto de habilidad dice: **«me juzgan y me persiguen porque yo creo en la resurrección de los muertos»**, ¡Se armó una de miedo! ¿Por qué? Porque había unos judíos en el tribunal, en el Sanedrín, que creían en la resurrección y otros no.

Y cosa curiosa, aquellos que le querían matar, de repente al escuchar esto, en una discusión enzarzada entre ellos, empezaron algunos ¡hasta a defender a Pablo! El procurador romano, viendo que aquello tenía mal cariz, temiendo que hicieron pedazos a Pablo, lo cogió y lo retiró de allí.

Esa noche cuenta san Pablo que tuvo un encuentro con el Señor; el Señor lo visitó y le dijo: **«Ánimo Pablo, como has dado testimonio de mí en Jerusalén, lo vas a dar en Roma»**, porque, a partir de aquí, Pablo apusado va a ser conducido hasta Roma donde será juzgado.

¿Qué aprendemos de esto? Pues mirad, aprendemos dos cosas fundamentales. La primera: si no creemos en la resurrección no somos cristianos, somos otra cosa, pero cristianos ¡no somos!

Lo que distingue desde el principio el ser cristiano es creer en la resurrección. Primero de Jesucristo, que está vivo y resucitado y está en el cielo pero también está presente entre nosotros; aunque no le vemos se hace accesible a nosotros a través de signos, y de modo único en la Eucaristía. Después, nuestra propia resurrección al fin de los tiempos.

Y segunda cosa que aprendemos: en el pueblo de Dios hay gente que piensa una cosa y otros que piensan otra, pero unos están equivocados y otros están en la verdad, ¡importante esto!

Jesús hablando con los saduceos, *(y por eso he hecho esta introducción, porque los saduceos era un grupo de judíos dentro del Sanedrín que no creían en la resurrección)*, se acercan a Jesús y le ponen una dificultad que piensan que es inapelable; poniéndole aquella objeción se dicen: *¡vamos a ver qué es lo que dice Jesús!*

Y Jesús lo primero que hace es deshacerles totalmente la objeción, se la disuelve, primera cosa; y segunda, como nos dicen los textos paralelos *(porque esta escena aparece en tres evangelios, es una escena importante)*, Jesús les dice: —**«Estáis en un gran error, porque no conocéis ni las Escrituras ni el Poder de Dios»**—; es decir, si escucharais la Palabra de Dios, si acogierais lo que Dios ha revelado creeríais en la resurrección, y si creyerais que Dios es Dios y tiene todo el poder no veríais ninguna dificultad en la resurrección.

Por lo tanto aquí también aprendemos algo más. Aparte de que algunos dentro del pueblo piensan una cosa pero están equivocados, como les dice el Señor; que la verdad es una,

existe y la podemos conocer; que existe la resurrección de los muertos y da sentido a nuestra vida; aprendemos también, **que la fe exige creer.**

Por lo tanto no es una cosa evidente y como no es evidente nos surgen muchas dudas, nos pueden surgir muchísimas, pero el hecho de que podamos tener dudas o que no podamos entender cómo puede ser, eso no quiere decir que no exista, porque si comprendiéramos que cuando Dios dice algo lo dice Dios y es de palabra, y Dios es todopoderoso, entenderíamos que es mucho más fácil poder creer.

Y por último, la primera lectura es un texto precioso del segundo libro de los Macabeos, capítulo séptimo; en ese capítulo largo, maravilloso ¿qué nos cuenta? Nos habla de una madre que tiene siete hijos, está en una época donde el pueblo judío es perseguido y quien está gobernando entonces, extranjero, exige que los judíos renuncien a su fe, y hay algunos que no renuncian y mueren mártires, por ejemplo esta madre y sus siete hijos.

¡Vamos a intentar que cambien de opinión! y entonces ¿qué hacen? Ponen ante la madre a sus siete hijos, y empiezan a martirizar uno por uno, dejando a la madre que lo vea. Van pasando uno por uno: *¡vamos ver si se van asustando o la madre al final no soporta que delante de sus ojos maten a sus hijos!*. Uno por uno van cayendo hasta que al final la madre, que va animando a sus hijos, es la que da la vida por Dios.

La fe da una fuerza y una fortaleza distinta, porque hay vida eterna y porque ese Dios que nos espera luego está aquí y te ayuda a creer, te sostiene y nos hace ver que lo más importante es Dios y hay momentos en que uno es capaz de dar la vida por Él. Y cuando en un lugar hay siembra, hay sangre de mártires eso trae como consecuencia una semilla, una cosecha maravillosa de creyentes.

La Iglesia está infinitamente agradecida a todos aquellos que han sabido sostener y ser fieles a la fe e incluso dar la vida, porque gracias a ellos nosotros estamos aquí, gracias a aquellos que han sido fieles hasta dar la vida.

Señor, en esta mañana queremos decir desde el corazón: creo en la vida eterna, creo en la resurrección de los muertos, aunque a lo mejor a mí también me pase que me cuesta creer o que me ocasione muchas dificultades.

Yo creo Señor, porque creo en tu palabra y creo en tu poder, y creo Señor que tú estás cerca de mí, que me ayudas a creer y que creer en ti es lo más importante, tan importante como que, a veces, tengo que padecer por creer.

Ayúdanos, Señor, a que no nos venza la duda y ayúdanos Señor a que las dificultades, la incompreensión o la persecución por la fe no nos hagan dudar ni echarnos atrás.

Haz, Señor, que podamos experimentar la fuerza y el consuelo de tu amor.

Que así sea



El libro de la sabiduría

Lunes, 11 de noviembre de 2013

Textos: Sb 1, 1-7; Salmo 138; Lc 17,1-6

Comenzamos a escuchar en la primera lectura el libro de la Sabiduría, que seguiremos escuchando durante esta semana en distintos fragmentos.

El libro de la Sabiduría es probablemente el último libro del Antiguo Testamento que se escribe más cerca de la época cristiana. Fundamentalmente tiene como tres partes. Tema central **es la sabiduría de Dios y la vida del hombre según esa sabiduría de Dios.**

La primera parte pone el contraste entre los justos y los impíos; luego hace un elogio de la sabiduría y una llamada a pedirla; y la última parte del libro va haciendo como una especie de meditación de cómo esa sabiduría se ha manifestado en la historia de la salvación, especialmente en el Éxodo, en la Pascua, en la salida de Egipto.

Bueno esto es como una visión del libro, un libro que sería muy bonito que pudiéramos ir meditando, porque tiene pasajes verdaderamente maravillosos. Uno de ellos es el que acabamos de escuchar, que es el comienzo del libro.

Comienzo del libro que podríamos titular más o menos así **«buscar a Dios y huir del pecado»**; esto es lo que nos dice sobre todo el autor sagrado y el Espíritu Santo a través de él.

Me voy a quedar con lo primero, porque realmente es uno de los lugares de la Escritura donde con mayor claridad explica eso que pide el Señor en el evangelio: **«buscad y hallareis»**. ¡Recordad! Eso lo dice Jesús cuando está hablando de la oración **«buscad y hallareis, llamad y se os abrirá, pedid y se os dará»**.

Dice el autor sagrado **«amad la justicia»**. Justicia es la vida según Dios; eso es lo que es justo: lo que es conforme a Dios. Por tanto, la justicia es la vida conforme a Dios y el justo, frente al impío, es el que vive según la voluntad de Dios.

Y luego dice: **«buscad rectamente al Señor, pensad correctamente del Señor, buscadle con corazón sincero, con sencillez, porque se manifiesta a los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían»**. Fijaos, lo que nos está diciendo el autor sagrado es que la vida del hombre tiene que ser buscar a Dios, hemos sido hechos para Dios y si no buscamos a Dios nuestra vida ha perdido el norte, porque el norte, el sentido de nuestra vida es que venimos de Dios y vamos a Dios. Por eso, lo que es absurdo es querer vivir la vida en la tierra prescindiendo de Dios, de nuestro origen y de nuestro destino, porque Dios está cerca, está a nuestro lado.

Entonces la maravilla de nuestra vida es aprender a encontrar a Dios y para encontrar a Dios hay que buscarlo, porque luego decimos: *«¡no.., es que Dios parece que no me hace caso!»* ¿Pero tú te lo tomas en serio, tú lo buscas? Porque a veces le echamos la culpa a Dios cuando en el fondo verdaderamente el gran tema es hasta qué punto Dios a mí me importa. Entonces ¿qué nos dice el autor de la sabiduría? Buscad a Dios.

Si vosotros abris el Catecismo de la Iglesia Católica, el número 1 dice lo siguiente: **«Dios nos ha creado para que participemos de la vida divina»**, y como Dios nos ha hecho para participar de la vida divina, es decir, para llegar al cielo, "Dios se hace cercano al hombre", está siempre presente a nuestro lado, en todo momento y en todo lugar, no hay un sólo instante de mi vida en que Dios no esté cerca y un sólo sitio donde no esté cerca.

“Él llama y ayuda al hombre a buscarlo, conocerlo y amarlo con todas sus fuerzas”, es decir, que la primera tarea del hombre es buscar a Dios y Dios me llama y me ayuda, es Dios el primero que me está diciendo «*búscame*». Y esto no es que yo esté aquí abandonado a mis fuerzas, ¡todo lo contrario! Dios es el que me ayuda y el que me guía.

Y para este camino de búsqueda necesitamos, en positivo, pensar rectamente del Señor y tener sencillez de corazón; dicho en negativo, dice el autor que Dios no se muestra a los que desconfían ni a los que tienen pensamientos tortuosos ni a los que ponen a prueba a Dios. **Por lo tanto tenemos que tener esa mirada limpia, ese corazón puro que piensa bien de Dios, porque Dios es muy bueno, es lo mejor que hay, y Él siempre está cerca, deseando hacerme el bien.**

Y termina el autor haciendo una llamada a evitar el pecado y a dejarnos educar por el Espíritu Santo; es decir, si el hombre quiere encontrar este camino de Dios necesita ser enseñado, necesitamos que Dios nos enseñe, y es maravilloso porque entonces es dejarse educar.

La gracia, es decir, la manera de actuar de Dios con nosotros, es como una madre: como una madre cuida de su hijo pequeño así es Dios con nosotros, así nos cuida Dios, así nos educa y así nos enseña Dios.

Señor, en esta tarde te damos gracias por tu palabra, por la palabra inspirada, por la Escritura y en concreto en esta tarde queremos darte las gracias por este libro maravilloso que es el libro de la Sabiduría.

Y queremos acoger en nuestro corazón la llamada que nos haces a buscarte con corazón sencillo, y a evitar en nuestra vida el pecado.

Abre nuestro corazón, Señor, al Espíritu Santo que nos educa y que nos enseña a encontrarte por los caminos de la pureza y de la sencillez de corazón.

Que así sea



Amigos de Dios

Jueves, 14 de noviembre de 2013

Textos: Sb 7, 22-8, 1; Salmo 118; Lc 17,20-25

Sabemos que Dios se ha revelado a los hombres, ha venido a nuestro encuentro y en el centro de lo que nos ha dado a conocer está la intimidad del misterio de Dios. Y lo que jamás, nunca, podíamos haber entrevisto ni pensado ha sucedido: Dios nos ha explicado que Él, siendo uno y único, son tres personas. Dios es Trinidad.

Y esto, que es el corazón del misterio de Dios, lo ha ido revelando de una manera progresiva, de forma que el principio de la revelación es hacer entender al hombre que hay un único Dios ¿por qué? Porque los pueblos, los hombres eran politeístas, creían en varios dioses y cada pueblo tenía su dios y sus dioses.

En el principio de la historia de la salvación, a los hombres pecadores Dios ¿qué les enseña? «**No hay más que un Dios y ese Dios soy yo, Yahvé, el Señor**», ¡no hay más!

Una vez que está claro esto, **que hay un solo Dios, uno y único**, hay que enseñar otra cosa, **y es que en Dios hay tres personas**. *¡Esto cómo es posible; no es nada fácil de entender!* Y para hacer entender esto el Señor ha seguido un proceso largo, que comienza en el Antiguo Testamento con distintas imágenes, y una de ellas es la sabiduría divina, que nos hace ver cómo Dios habla de la sabiduría con unos atributos que son los de Dios pero está diciendo que una cosa es Dios y otra cosa es la sabiduría.

Y la primera lectura de hoy es una de las preparaciones que Dios hace para entender cómo en Dios hay tres personas. Hemos escuchado uno de los textos importantes donde, por un lado, se ven rasgos que nos llevan al Espíritu Santo, y, por otro, rasgos quizá con más fuerza que se refieren al Hijo, a la Palabra, al Verbo. Algunas cosas que hemos escuchado resuenan en textos de san Juan y de san Pablo.

Para nosotros en la vida espiritual ¿qué sucede? Pues también tenemos que hacer este recorrido. Tenemos que descubrir a Dios en nuestra vida, pero no podemos quedarnos sólo en que hay un único Dios, sino que tenemos que descubrir a las tres personas: tenemos que descubrir al Padre, tenemos que descubrir a Jesucristo, tenemos que descubrir al Espíritu Santo. Tenemos que aprender a tener relación con las tres personas. Esto por un lado.

Y esa sabiduría divina, nos dice el texto, tiene una doble función fundamental que es, «**hacer amigos de Dios y profetas**» y «**gobernar el universo**».

—**Gobernar el universo** se identifica en el fondo con la providencia de Dios, y tarea de la sabiduría divina es conducir todo lo que existe hacia el fin que Dios ha pensado.

Por lo tanto la sabiduría divina ¿qué hace? Trabajar para que los hombres descubramos a Dios, vivamos a Dios y alcancemos a Dios. Por eso, en boca de Salomón, un poco después, va a venir la preciosa oración pidiendo la sabiduría y nosotros tenemos que pedirle al Señor que esa sabiduría nos impregne para poder vivir en Dios.

—Y la otra gran tarea de la sabiduría divina es **hacer amigos de Dios y profetas**, es decir, que llegar a ser amigos de Dios es la gran gracia que Dios nos da, y eso es algo que nos tiene que enseñar el Señor, tan grande como descubrirnos su misterio íntimo **-que en el único Dios hay tres personas-**, tan grande como eso tiene que ser tu amistad con Dios y esa amistad sólo nos la puede enseñar el Señor.

Tenemos que pedirle al Señor esto con mucha fe, con mucha esperanza, con mucho deseo. Pero la sabiduría no sólo hace amigos de Dios sino que también **hace profetas**, es decir, personas que hablan a los otros transmitiendo la sabiduría divina.

Quien no es amigo de Dios no puede ser profeta, pero se puede ser amigo de Dios sin llegar a ser profeta, *-porque el profeta es el amigo de Dios que transmite las cosas de Dios-*. Así el camino es que a través de esos amigos se va difundiendo la luz de Dios a los hombres, porque a través de los que conocen y viven a Dios, Él también va haciendo más amigos de Dios; a esos amigos y profetas los va santificando, y son los santos los que van comunicando esa gloria de Dios en el mundo.

Te damos las gracias, Señor, porque nos has descubierto el misterio de tu intimidad y cómo en el Antiguo Testamento ya vamos vislumbrando el misterio de las personas divinas.

Ayúdanos, Señor, a descubrir que tenemos que vivir en relación con los tres: contigo Señor Jesús, con el Padre, y con el Espíritu Santo que mora en nuestro corazón.

Y te pedimos también que nos hagas descubrir nuestra verdadera vocación, que es ser amigos de Dios, y ojalá también podamos llegar a ser profetas y testigos tuyos.

Que así sea



Somos Iglesia

Domingo, 17 de noviembre de 2013

Textos: Mal 3, 19-20; Salmo 97; 2 Ts 3,7-12; Lc 21,5-19

Somos Iglesia. Quiero decir unas palabras sobre este tema hoy que celebramos el día de la Iglesia Diocesana. **Somos Iglesia** quiere decir que la Iglesia existe, que no es ajena a nosotros, no es algo que no tiene que ver conmigo; somos Iglesia quiere decir que formamos parte de ella, y cuando se habla de la Iglesia se está hablando de mí.

Tenemos que aprender a no diferenciar la Iglesia de nosotros, sobre todo a no criticar ni hablar mal de ella, como si fuera distinta de uno mismo, porque la Iglesia es la familia de los hijos de Dios y nosotros hemos recibido la gran gracia de pertenecer a ella.

Creo que hoy día quizás una de las cosas más importantes que necesitamos los cristianos es amar a la Iglesia, que es amar a mi madre, porque la Iglesia es mi madre porque es la que me ha dado la vida de Dios.

Lo más importante que os quiero decir hoy es esto *¡ojalá os quedéis con esto!* **Somos Iglesia**, formamos parte de ella y por eso le queremos pedir al Señor que nos haga descubrir lo que significa ser Iglesia (*pero hoy no voy a hablar de eso porque sería un poco largo*). Lo más importante de todo es darle muchas gracias a Dios de estar hoy aquí porque soy Iglesia, porque formo parte de la familia de los hijos de Dios.

Las lecturas de hoy nos ayudan a descubrir qué significa esto en concreto, desde dos palabras que hemos recibido, una de san Pablo, en la segunda lectura, y otra palabra del Señor en el Evangelio.

Ha dicho san Pablo una palabra un poco fuerte que además suena un poco extraña en estos tiempos; dice: —**el que no trabaja que no coma**—, ¿por qué? Porque al principio de la Iglesia los cristianos vivían una expectación muy fuerte esperando que el Señor volviera, y había corrido por algunas comunidades cristianas que **¡el Señor llegaba ya!**, y entonces algunos dijeron: —*¡pues ya está, yo ya dejo de trabajar y esperamos!*—, y entonces san Pablo dice: —**¡no, no, no!, no sabemos cuándo va a llegar el Señor y tenemos que trabajar**—.

Hoy más bien tenemos el dolor y la tragedia de que muchos quieren trabajar y no pueden. Hoy tendríamos que decir, siguiendo a san Pablo, porque seguramente san Pablo hoy lo diría de la siguiente manera: —**el que no trabaja que pueda comer**—. Eso es lo que tenemos que decir: que el que no trabaja pueda comer.

Y eso significa para nosotros, siendo Iglesia, que tenemos que ayudarnos los unos a los otros, y tenemos que estar pendientes de ayudar a quien lo necesita.

Tengo que daros las gracias porque en esta parroquia que venimos pocos a Misa (*tenemos una sola Misa los Domingos y estamos los que estamos*) realmente hay mucha generosidad. El día del DOMUND esta parroquia con la colecta de un solo día y alguna aportación que me ha llegado, han salido casi mil euros, ¡fijaos en una sola colecta! Gracias.

Tenemos que tener esa disposición de saber que nos tenemos que ayudar unos a otros y quiero dar las gracias especialmente para todo el equipo de Cáritas de la parroquia, que sencilla y silenciosamente trabaja con fidelidad día a día, semana tras semana, ayudando a muchas familias necesitadas que tenemos en la parroquia.

Segunda palabra, que nos ha dicho el Señor: –«**Os perseguirán**»-, ¡así de claro! Sabemos que según nace la Iglesia la persecución fue muy fuerte, ¡fortísima!; sabemos que los primeros siglos de la Iglesia hasta siglo el IV los cristianos eran muy perseguidos y hubo muchos mártires; luego la cosa cambió, pero los cristianos han seguido siendo perseguidos.

Y hoy parece que pensamos «bueno... eso fue antes». –¡**No!** Hoy en el mundo hay muchos lugares donde están persiguiendo a los cristianos por ser cristianos, no por otro motivo sino ¡por ser cristianos!; en varios lugares del mundo, especialmente en algunos puntos de África y de Asia.

Y es impresionante el ejemplo que nos están dando. Hay naciones donde los cristianos llevan siglos continuamente machacados y perviven y siguen manteniendo la llama de la fe. ¿Qué significa esto para nosotros? Que si les persiguen a ellos, que son Iglesia, están persiguiendo a alguien de mi familia; o sea, que yo no puedo recibir esta noticia como una cosa que no me importa sino que realmente es algo que nos afecta.

Y nosotros, más allá de la oración y también a través de la Iglesia con la ayuda que podemos prestar a través de diferentes instituciones, tenemos que llevarlos en el corazón, porque nuestros hermanos están sufriendo por creer en Jesucristo, por ser cristianos; lo que ellos sufren nos afectan porque son nuestros hermanos.

Señor en este Domingo queremos darte las gracias porque somos Iglesia. Ayúdanos a sentirnos siempre Iglesia, a nunca hablar mal de la Iglesia a la que pertenecemos, y enséñanos a edificar esta Iglesia que tú nos confías con tanto amor.

Que así sea



La luz de la fe

Lunes, 18 de Noviembre de 2013

Textos: 1 Mac 1, 10-15; Salmo 118; Lc 18,35-43

Nos acercamos al final del Año de la Fe y el próximo Domingo será el día de la Clausura. Como lo ha querido nuestro obispo D. Juan Antonio, vamos a clausurar el Año de la fe en las parroquias, y lo haremos también en nuestra parroquia de la Santa Cruz.

Y en ese día vamos a hacer un acto solemne de profesión de fe, profesaremos la fe como todos los Domingos, pero lo haremos de una forma especial renovando las promesas del bautismo, renovando ese “sí” al Señor para vivir según la fe.

Es un momento para darle gracias al Señor por todo este año largo que hemos vivido, para reconocer y agradecer todo lo que nos ha dado el Señor, **pero sobre todo para que preparemos el corazón de una manera personal, dar de nuevo un sí verdadero y profundo al Señor al final de este año de la fe.**

Y el evangelio de hoy tiene mucho que ver con la fe, porque en el fondo qué es pedir fe sino pedirle al Señor: **–¡Señor que vea!** Lo que pidió Bartimeo es una petición que siempre se ha escuchado especialmente con referencia a la fe. Si nosotros leemos el capítulo noveno del evangelio de san Juan, la curación del ciego de nacimiento, que es uno de los textos más maravillosos del evangelio, vemos cómo a través de esa ceguera el Señor cura y da la luz de la fe.

Hoy le queremos decir al Señor: **–¡Señor que vea!** Y la fe que nos evoca la curación de un ciego tiene dos dimensiones: «**capacidad de ver**» y «**la visión que uno tiene**». Cuando el ojo está ciego y no ve nada tiene que recuperar la capacidad de visión, pues la fe es ambas cosas: **capacidad de ver y visión de las cosas.**

¿Qué es pedir fe? Tener la luz de Dios en el corazón, es una nueva capacidad, es decir, el Espíritu Santo pone en nuestro corazón y en nuestras facultades espirituales la capacidad de ver, sobre todo ver las cosas como Dios las ve.

Y con esa capacidad uno tiene una visión nueva de la realidad, ve las cosas de una manera completamente nueva, que no podría tener si no tiene esa luz, es decir, si no tiene esos ojos de Dios.

En el fondo ¿qué nos da la fe? Nos da la capacidad de conocer que tiene Cristo y el conocimiento que tiene Cristo de las cosas, ¡nada más y nada menos que esto!

Esto te lo queremos pedir, Señor, hoy en esta tarde; renueva en nosotros la fe desde la palabra que nos has dado como luz.

Señor, danos tus ojos y danos la visión que tú tienes de las cosas, para que podamos caminar en esta vida guiados de tu mano.

Que así sea



Es Jesús que pasa

Martes, 19 de Noviembre de 2013

Textos: 2 Mac 6, 18-31; Salmo 3; Lc 19,1-10

Estamos preparando nuestro corazón en estos últimos días del Año de la Fe para poder el próximo Domingo, solemnidad de Cristo Rey, hacer esa profesión solemne de renovar nuestra fe en el Señor, para concluir así esta gracia del año de la fe que venimos viviendo desde el 11 de octubre del año pasado.

Y hoy la Escritura nos presenta dos lecturas maravillosas: una es el testimonio del martirio de Eleazar, que es verdaderamente todo un signo de fe, una luz de fe; y la otra es el encuentro del Señor con Zaqueo.

Voy a detenerme un poquito en el Evangelio; voy a detenerme en dos cosas. La primera es que se nos dice que Zaqueo se sube a un árbol porque Jesús iba a pasar por allí. Pues **en esto consiste la vida cristiana, en descubrir cómo el Señor está presente y pasa continuamente a nuestro lado**, está cerca de nosotros. Por eso tenemos que descubrir cómo en el corazón de la fe está la relación viva con Jesucristo, vivo y resucitado, que nos acompaña en nuestra vida y cómo nuestra fe está llamada a ser un continuo encuentro con el Señor.

La fe vivida nace cuando encontramos al Señor. Mientras no encontramos al Señor sabemos cosas, podemos haber recibido una fe, podemos ser cristianos culturalmente porque estamos en un país católico, pero fe, lo que se dice fe, es decir, vivir cristianamente, eso sólo brota de veras cuando uno se ha decidido por el Señor. Y normalmente la base de todo esto está en tener un encuentro personal con Cristo; sólo cuando uno se ha encontrado con el Señor es cuando nuestra vida empieza a ser una vida cristiana.

Si esto no nos ha acontecido tenemos que pedirlo; si ya nos ha acontecido le damos muchas gracias al Señor. ¡Pero atención! Si nos hemos encontrado con el Señor eso quiere decir que ese encuentro es la gran luz para entender qué es la fe. **El encuentro con Cristo nos ayuda a entender qué es la fe.**

La fe no es sólo conocer cosas que Dios nos revela (*que no conoceríamos si Dios no nos las dijera*); ayer veíamos que la fe es luz, luz que nos hace participar del conocimiento que tiene Dios de las cosas y que nos hace ver las cosas como las ve Dios, ciertamente.

Pero en nuestra vida la fe ¿cómo se manifiesta? Se manifiesta con el encuentro con alguien, con Jesucristo vivo, resucitado, glorioso, que camina a nuestro lado, que sale a nuestro encuentro en el camino de la vida.

Y esto quiere decir que ese encuentro que hemos tenido con el Señor no es sólo una cosa del pasado, que lo ha sido, sino que abarca lo que es el corazón de la vida cristiana. **La relación personal con una persona viva, Jesucristo resucitado, este es el corazón de la fe.** Si olvidamos esto hemos olvidado lo más importante de la fe, y si tenemos esto todo se coloca, porque todo adquiere sentido.

¿Por qué estamos aquí? Porque Jesucristo nos ha convocado, y hoy, en esta tarde, en la celebración de la Misa, Cristo está presente, y está saliendo a nuestro encuentro de diferentes maneras, hasta que llegue el momento culminante donde el mismo Señor se va a hacer presente en el altar.

Entonces ¿cuál es el corazón de la fe? El corazón de la fe es seguir manteniendo esa relación viva con esa persona que descubrí un día porque salió a mi encuentro; esto es para nosotros el secreto de una verdadera vida cristiana, porque la vida cristiana no es otra cosa sino vivir de veras con Cristo vivo.

De manera que toda nuestra vida está llamada a convertirse en un encuentro de amor con Jesucristo, que está vivo, que pasa, como cuando Zaqueo quería saber ¿quién era el que iba a pasar por allí? –**¡Es Jesús que pasa!**» .

Jesús sigue pasando porque está presente entre nosotros. Entonces, hoy ¿qué le pedimos al Señor? Pues hoy le pedimos al Señor que renueve nuestra fe, esa fe que volvemos a profesar, que tengamos presente que el corazón de la fe es creer en Él, y creer en Él significa vivir en una relación viva con Él, de manera que esa relación viva con Jesucristo es lo más importante, ¡es lo primero!, «*quien ama más a su padre, a su madre, a los bienes más que a mí no es digno de mí*» dice el Señor, no porque haya que rechazar todo, ¡no!, sino porque todo lo que tenemos, las personas, los bienes, la vida, todo, todo, todo, es un regalo del Señor y no podemos vivir eso si el Señor no es lo primero.

Señor en esta tarde te damos las gracias porque has salido a nuestro encuentro, porque estamos aquí, porque te hemos conocido y en ese encuentro que cambió nuestra vida hemos vislumbrado el corazón de la fe, que eres tú que nos llamas a vivir una relación personal contigo.

Señor, haznos despertar, que no te dejemos en un segundo, tercero o cuarto lugar, que no te dediquemos tiempo cuando nos sobra sino que tengamos siempre todos los días un tiempo para ti porque eres lo más importante.

Ayúdanos, Señor, a descubrirte siempre presente en nuestra vida; enséñanos el arte de encontrarnos contigo para que nuestra vida esté llena de luz, porque la luz de nuestra vida eres Tú.

Que así sea



La Presentación de la Virgen María

Jueves, 21 de noviembre de 2013

Textos: 1 Mac 2, 15-29; Salmo 49; Lc 19,41-44

El Señor eligió a María desde toda la eternidad y desde la eternidad María había sido elegida para ser toda y sólo de Dios, inmaculada desde su concepción, llena de gracia.

María después fue dada a luz y fue creciendo como cualquiera de nosotros pero siendo toda santa, y con una vida espiritual que para nosotros es como una gran luz por un lado, pero por otro lado un gran misterio (*porque nosotros hemos nacido con pecado original*); hay algo profundo y radical de la vida espiritual de la Virgen que no comprendemos porque no hemos sido concebidos como ella.

Y por eso María creció y en el desarrollo que ella tiene de su vida interior, de su vida espiritual, siempre ha sido toda y sólo de Dios, de manera que hay un momento donde ella guiada por el Espíritu Santo se consagra a sí misma totalmente a Dios para siempre, con todo su ser, con toda su vida, para ser toda y sólo de Dios.

Cómo y cuándo fue eso, no lo sabemos; sabemos que ha sido así, y la Iglesia lo cree. Esto, que ciertamente ha sucedido, lo manifestó María en el momento de la Anunciación: «*cómo será esto pues no conozco varón*». Con estas palabras María está expresando su consagración total a Dios en virginidad. ¿Cuándo fue esto? No lo sabemos; la Iglesia lo celebra el día de la Presentación de la Virgen.

Este día, que pronto empezó a celebrarse en la Iglesia, celebramos precisamente el momento en el que los santos padres de la Virgen, Joaquín y Ana, la presentaron en el templo de Jerusalén, como nos dice la tradición, y estamos reconociendo también el momento donde María se consagró a sí misma al Señor.

Todos somos deudores de esta entrega radical de María al Señor. Nosotros estamos aquí porque ella se dejó conducir siempre por el Espíritu Santo con plena docilidad, dijo siempre Sí a Dios y acogió lo que el Señor le inspiraba, de manera que en un tiempo donde no se practicaba la virginidad ella dijo Sí a este modo de vivir totalmente para Dios. Gracias María, porque gracias a tu Sí nosotros estamos aquí.

Por otro lado hoy queremos -lo estamos haciendo a lo largo de esta semana-, recoger un aspecto importante de la fe. Veíamos el lunes como la fe es luz; el martes veíamos con Zaqueo cómo el centro de la fe es la relación viva y personal con Jesucristo; ayer veíamos cómo la fe es testimonio hasta el martirio, cómo la fe ayuda a vivir la vida cotidiana como servicio de amor a Dios.

Y hoy ¿qué decimos de la fe? Pues mirad, tenemos que decir una cosa importantísima, que la fe es mariana, ¡la fe de la Iglesia es mariana!

Porque ¿qué es creer? Creer es lo que vivió y realizó de manera plena la Virgen María, nuestra Madre. Para entender lo que es la fe podríamos decir muchas cosas, pero nunca debemos olvidar una cosa: **que es mirar a María**, contemplarla. En todos los misterios de su vida se refleja su fe, ¡en todos!, -*en todos los de su vida terrena ¡claro!*-. Entonces **¿queremos comprender la fe? —Miremos a María**. Miremos la Anunciación, miremos la Visitación, miremos Belén, etc., hasta la Cruz, hasta el Cenáculo esperando el Espíritu Santo; en cualquier misterio que nos refleja la Escritura sobre ella miremos a María para comprender lo que es la fe.

En esa fe de la Virgen vemos la gloria y el poder de la fe, porque la fe de María hizo bajar a Dios del cielo; esto es creer, ¡esto es creer!

Y hoy necesitamos esto, redescubrir cómo hoy el Señor, que está vivo y presente entre nosotros, también actúa en la medida en que el hombre cree. Hoy, como siempre, Él puede actuar de libre iniciativa, Él es el Señor, Él es Dios y lo puede hacer; pero le gusta normalmente que nosotros cooperemos con Él y espera de nosotros una fe viva, grande, inmensa, maravillosa, divina, es decir, una fe a la altura de un Dios que es Dios y que quiere salvarnos, eso es lo que espera el Señor de nosotros.

Y en la medida en que nosotros vamos conociendo a María y vamos tratando con ella, ella nos va comunicando la gracia de la fe, esa fe que hace bajar a Dios, que hace actuar a Dios, hoy, aquí y ahora en este momento de la historia.

Señor, hoy queremos pedirte que nos ayudes a abrir nuestro corazón a la Virgen, que ella sea para nosotros madre, amiga, compañera de nuestra vida.

Sobre todo que abras nuestro corazón para recibir la gracia de la fe que derramas en la Iglesia por medio de ella, para que encuentres también en nosotros esa fe que te glorifica, esa fe que te permite actuar y salvar hoy en medio del mundo.

Que así sea



Fe y Oración van unidas

Viernes, 22 de noviembre de 2013

Textos: 1 Mac 4, 36-37.2-59; Salmo (1 Cro 29); Lc 19,45-48

Estamos ya en la recta final de este Año de la fe que concluiremos el próximo Domingo pudiendo hacer una profesión solemne de fe, renovando nuestra fe en el Señor y en la vida que él quiere de nosotros.

A través de las lecturas venimos comentado estos días algunos aspectos de la fe, y hoy quisiera detenerme en dos cosas que brotan del evangelio que hemos escuchado.

Dice el Señor que **“el Templo es casa de oración”**; y luego dice el evangelio que **“Él enseñaba y que todos estaban pendientes de sus labios”**. Quiere esto decir que la fe va unida a la oración, no puede haber verdadera fe sin oración; y por otro lado para poder vivir la fe hay que alimentarla, tenemos que poco a poco ir permitiendo que el Señor haga crecer esa fe que ha depositado en nosotros dejándole hablar. Por tanto, la fe requiere oración y escucha de la Palabra de Dios.

Decía primero que **la fe y la oración van unidas**; ¿por qué? Porque si creemos en Dios es absurdo no relacionarse con el Dios en el que crees, eso es absurdo; o sea, si tú crees en Dios no crees de verdad si no te relacionas con Él; por lo tanto que crees se nota en que rezas. Y **¿qué es rezar?** Rezar es recitar oraciones, ciertamente, pero **el corazón de la oración es hablar con Dios**, es relacionarte con Dios, **«trato de amistad con quien sabemos nos ama»**, idea fundamental de santa Teresa. Por lo tanto si creemos nos relacionamos con Dios; si no nos relacionamos con Dios es que sabemos que existe pero no creemos de verdad.

Y **¿cómo crece la fe? —Relacionándote con Dios—**. La fe se debilita, la fe viene abajo si ese Dios en el que crees no forma parte de tu vida; entonces una cosa que no forma parte de tu vida se va aparcando y desaparece.

Ciertamente la fe crece si se vive. **¿Cómo se aviva la fe? —Practicándola.** Y lo primero y más importante para practicarla es relacionarte con Dios. Para ello cualquier momento es bueno, pero hay momentos especiales. En nuestra vida hay momentos muy especiales que debemos cuidar; uno es lo que estamos haciendo ahora venir a la casa de Dios, que tiene que ser lugar de oración, lugar donde nos encontramos de manera especial con el Señor porque él está presente en el sagrario, en la Eucaristía, y de manera especialísima viviendo la Santa Misa, por lo tanto viviendo el culto que Dios quiere de nosotros cuyo centro es la Eucaristía. La oración nos va conduciendo a la liturgia y sobre todo a vivir la Misa que es lo más importante y lo más grande que tiene la Iglesia.

Segundo, esa fe tiene que crecer y como la fe es conocimiento, se aviva y crece en la medida en que conocemos más y mejor lo que Dios nos ha dado a conocer, lo que Él quiere. Por eso es importante que en esa relación con Dios dejemos espacio para acoger la palabra de Dios, para conocer mejor a Dios, para escuchar a Dios.

Y eso es algo que nosotros tenemos que aprender a hacer de manera sencilla, en nuestra casa, abriendo la Escritura (*nos puede servir las lecturas de cada día, la oración de la liturgia de la Misa especialmente de los Domingos*), pero también todo aquello que nos hable de Dios: el Catecismo, que nos explica la fe y toda la vida del Señor; y todo lo que nos ayude a conocer mejor lo que es nuestra fe.

Pero eso nunca nos debería llevar a prescindir del Señor, que es el verdadero y único Maestro; debemos aprender a escuchar al Señor también en el corazón, acogiendo sus palabras en nuestro interior.

Señor, te damos las gracias porque nos has regalado esta maravilla que es nuestra fe. Te pedimos que nos des el don de la oración; que para nosotros cada vez sea más habitual, más frecuente y más sencillo hablar contigo, tenerte presente, vivir en relación y diálogo contigo.

Enséñanos, Señor, a acrecentar nuestra fe acogiendo tu palabra, intentando profundizar nuestra fe para que te conozcamos cada vez mejor, conozcamos mejor la vida que nos das y podamos vivirla con mayor fe.

Que así sea



El que cree tiene vida eterna

Sábado, 23 de noviembre de 2013

Textos: 1 Mac 6, 1-13; Salmo 9; Lc 20,27-40

«**El que cree tiene vida eterna**», así de sencillo nos dice el Evangelio de san Juan lo que es el corazón de la vida de fe.

El Evangelio de hoy nos habla precisamente de esa vida del más allá, de esa vida gloriosa y eterna que viviremos con Dios. Pero esa vida la hemos recibido ya y la vivimos en fe y en carne mortal. Ese Dios que nos espera y con el que esperamos vivir eternamente felices en la gloria del cielo, ese Dios ya nos ha dado su vida aquí en la tierra a través del Bautismo.

El misterio del Bautismo precisamente es esto, que Jesucristo derrama en nosotros la vida de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo.

Por eso la fe nos conduce en la medida que hay conversión. Nosotros hemos recibido la vida de fe siendo pequeñitos; por lo tanto no hemos vivido esa conversión. En cambio en los que se convertían al principio y en los que se siguen convirtiendo y piden el bautismo a la Iglesia, hay una conversión.

Recibimos **la gracia de la fe que nos conduce al Bautismo**, de tal manera que **hay una fe inicial que nos lleva al Sacramento, y por el Sacramento recibimos la vida de Dios**. Por lo tanto la fe es camino hacia la vida; y por otra parte, cuando hemos recibido esa vida de Dios la vivimos aquí en la tierra a través de la fe.

Estamos en las últimas horas ya del **Año de la Fe** que termina mañana. Este año de la fe cada uno lo hemos vivido de una manera: ha habido un camino personal, ha habido un camino familiar, un camino parroquial, de comunidades, un camino diocesano, un camino de la Iglesia universal.

Este **Año de la Fe** lo hemos vivido a muchos niveles; pero de una manera especial tenemos que recordar cómo cuando fue convocado por el Papa, ahora emérito, Benedicto XVI lo quería para que la Iglesia se renovara en la fe, para que pudiera surgir una Iglesia renovada y pudiera afrontar sobre todo la **nueva evangelización**.

Nosotros ahora, ya cuando estamos al final, de manera especial hoy queremos a mirar a María. La mirábamos antes de ayer en su **Presentación**, por manos de Joaquín y Ana, **en el Templo**; hoy la queremos mirar como Madre de la Iglesia que derrama en la Iglesia la gracia maravillosa de la fe. Ella ha sido la que primero ha creído y ha creído de manera perfecta.

Mañana si Dios quiere nos preparamos para renovar nuestra fe, para poder hacer de una manera solemne, de nuevo, una profesión de fe, que no es sólo decir que creemos lo que la Iglesia nos propone y nos transmite como revelado por Dios, que lo hacemos, sino que es una manera de entregarnos de nuevo a Dios para vivir de veras lo que la fe expresa.

Si simplemente decimos *sí* **Creo** pero no nos lleva a una entrega verdadera y nueva a Dios, pues estamos haciendo un acto de fe que es pobre, ¡muy pobre! Por eso quiero pedirle al Señor en este día a través de la Virgen que, a través de nuestra Madre, nos conceda la gracia de una fe viva, de una fe verdadera, de una fe que se haga vida, que nos lleve a abrimos completamente a Dios, para que el Señor pueda hacer en nosotros lo que él desea.

Señor, tú que te hiciste hombre gracias a María, te pedimos que por medio de ella nos concedas una renovación de la gracia de la fe.

Que a través de nuestra Madre la Virgen podamos avivar nuestra fe, que el Espíritu Santo transforme nuestro corazón para que seamos de verdad hombres y mujeres creyentes, para que a través de nosotros puedas realizar lo que Tú deseas en este momento de la historia de la Iglesia.

Que así sea



Jesucristo, Rey del Universo

Clausura del Año de la Fe

Domingo, 24 de noviembre de 2013

Textos: 2 Sam 5, 1-3; Salmo 121; Col 1,12-20; Lc 23,35-43

El año de la Iglesia es un poco distinto del año civil, porque empieza el primer domingo de Adviento, y termina el sábado anterior al primer domingo de Adviento del año siguiente.

En el último domingo del Año litúrgico celebramos siempre la festividad de Cristo Rey del universo. Hoy en este día es una solemnidad especial porque el Año de la Fe, que comenzaba el 11 de octubre del año pasado, se clausura hoy. Por tanto, **Jesucristo Rey y clausura del Año de la Fe.**

Muy brevemente dos cosas. La primera: Jesucristo es Rey, es Señor, es Señor siempre, antes de hacerse hombre, haciéndose hombre en toda su vida terrena y ahora que está resucitado; Él siempre es Señor lo que pasa que ese señorío, ese reinado es especial. Como hemos escuchado en el Evangelio, ese reinado se manifiesta con toda su paradoja en la Cruz, porque Jesús es Señor aunque está crucificado.

Pero ahí justamente en la Cruz tiene el primer gran fruto que es la conversión del buen ladrón; Jesús con su amor gana el corazón del buen ladrón.

Jesús en este día tiene algo que decirnos a cada uno de nosotros y es lo siguiente. Jesús hoy te dice: «**Yo quiero ser el Señor de tu vida**». Porque celebrar que Jesús es el Señor ¿qué significa? Pues acoger a Jesús como el Señor de tu vida. Por eso, hoy el Señor te pide que le abras tu corazón, y te dice: «**no me tengas miedo**» «*¡no me tienes que tener miedo!*». El Señor espera hoy de ti una respuesta: ¿quieres acoger hoy a Jesús como Señor de tu vida?

Segundo. Vamos a hacer hoy de manera especial la profesión de fe. Me preguntabais algunos de los niños que para qué es esta vela; pues esta vela es porque la vamos a encender en el cirio pascual, vamos a ir transmitiendo la luz. El cirio pascual representa a Jesús resucitado, es decir, Jesús Señor; vamos a tomar todos la luz de nuevo, signo de la vida que recibimos en nuestro bautismo. Y vamos a hacer solemne profesión de fe: primero vamos a renunciar a todo lo que no es de Cristo y de Dios en nuestra vida, muy brevemente con tres renunciaciones, diremos por tres veces **¡sí renuncio!**; y después profesaremos nuestra fe y en lugar de recitar el Credo, como lo hacemos habitualmente, responderemos a tres preguntas donde decimos **¡sí Creo!**

Al decir **¡sí Creo** ¿qué digo? Digo evidentemente que creo lo que cree la fe de la Iglesia, lo que hemos recibido de Dios, de Jesucristo, la fe que desde siempre la Iglesia cree y transmite; por lo tanto creo aquello que se me pregunta: **¿crees en Dios Padre? –sí Creo; ¿crees en Jesucristo? –sí Creo; ¿crees en el Espíritu Santo? –sí Creo. Por lo tanto Creo en las verdades de la fe.**

Pero cuando digo **¡sí Creo** además digo otra cosa, porque cuando digo **¡sí Creo** estoy diciendo **¡sí confío**. **¡sí confío en ti Padre, ¡sí confío en ti Jesús, ¡sí confío en ti Espíritu Santo, me fío de ti, me fío de vosotros.**

Y cuando digo **¡sí creo** y **¡sí confío** estoy diciendo también **¡sí quiero ser cristiano, ¡sí quiero vivir como cristiano**, porque si no es una manera de decir algo sin ninguna trascendencia.

Os invito a todos a decir **sí Creo** de verdad, «**sí creo, sí confío, sí quiero ser y vivir como cristiano, como cristiana**». Y si tienes dudas fíate de Jesús que no te defraudará.

Que así sea

